

Una escritora puertorriqueña: Concha Meléndez

María Luisa Terzano (argentina)
Buenos Aires, 1944

La crítica literaria en América Latina, salvo casos de excepción, no ha llegado aún a su completo desarrollo. Hay sí grandes investigadores, profesores eruditos y aficionados entusiastas que recogen fragmentos dispersos y acopian materiales, pero falta realizar sobre esa base la obra de organización metódica, de plan elaborado para la interpretación lógica y orgánica de los autores y las distintas épocas literarias.

Las letras americanas han alcanzado ya un grado de madurez tal que reclaman necesariamente su estudio completo y definitivo; por eso cabe destacarse como un esfuerzo ponderable la labor que viene realizando Concha Meléndez, la joven y talentosa escritora puertorriqueña.

El método, la ordenación minuciosa, la elegancia y claridad del lenguaje son las características principales de su producción. No destruye ni elogia con exceso, sino que se sitúa en el justo medio del estudioso que bucea en los libros y se documenta prolijamente, para permitir que todo ello madure en su cerebro y se transforme en auténtico saber, en reflejo de ideas propias esclarecedoras.

Lleva publicados ya varios libros, pero no se puede pretender una comprensión total de la obra de esta escritora, que por su juventud y sus grandes posibilidades, ha de ir manifestándose en el transcurso de los años en forma y matices nuevos. Por eso será ésta solo una reseña de su vida y obra hasta el momento presente.

Nació Concha Meléndez en la pequeña localidad de Caguas, jurisdicción de Cayey, activo centro antillano. A los siete años se trasladó con sus padres a Río Piedras, donde siguió los cursos de la escuela primaria y más tarde la High School. Sus grandes condiciones para la enseñanza y la crítica literaria determinaron su nombramiento como estudiante instructora de la Universidad, cargo que desempeñó hasta graduarse Bachiller en Artes en 1922.

Tres años más tarde impulsada siempre por su deseo de superación y perfeccionamiento se embarcó para Estados Unidos, ingresando en la Columbia University que había de conferirle a la terminación de sus estudios el grado de Maestro en Artes. La visita a la gran ciudad del norte le permitió interiorizarse de los rasgos más salientes de la cultura literaria y artística de aquel país, que ha sido siempre de extraordinaria irradiación.

Con un vasto programa prolijamente elaborado, regresó en 1926 a su país natal, deseosa de poner al servicio del alumnado el cúmulo de conocimientos adquiridos. Fue nombrada profesora de literatura en el Colegio de Artes y Ciencias de la Universidad, abarcando en el curso desde las primeras manifestaciones de las letras españolas hasta los autores contemporáneos y los grandes valores americanos, cuyo estudio profundizó desde entonces para culminar en 1934 con su erudito y documentado trabajo “La novela indianista en Hispanoamérica”, fuente de información donde deberán ir a beber forzosamente todos los estudiosos de la literatura continental de ese periodo.

Antes de esta obra y siguiendo siempre el orden cronológico de sus viajes, la encontramos en 1931 en la Universidad Nacional de México precisamente en una época progresista de las letras regionales, que señala el pleno desarrollo de un ciclo inconcluso aún que como en política comenzara a principios del siglo actual.

“La elección de la Universidad de México, donde se graduó en Filosofía y Letras (1932), dice Concha Meléndez, no fué caprichosa. Considero a México como uno de los países más interesantes de la América española, por su tradición de cultura y el valioso aporte de los intelectuales a la hora presente. En sus aulas pude completar los estudios de mi predilección: la literatura, el arte y el paisaje de América. A ellos he consagrado lo mejor de mi vida, pues sin desdeñar lo

español y universal he tratado preferentemente de interpretar y difundir en la medida de mis fuerzas el desarrollo cultural de nuestros países basándome en un conocimiento directo”.

Corroborando su afirmación hacemos una reseña enumerativa del viaje circular que realizara en unas vacaciones no muy lejanas: Santo Domingo, Cuba, Brasil, Uruguay, Argentina, Perú, Ecuador, Venezuela, Panamá.

Por la misma índole de su producción: ensayos, crítica literaria, investigaciones, etc. se mantiene dentro de la tendencia apolítica, que se opone en la isla a otra corriente de marcado acento liberalista y polémico.

Amado Neruo es el título del primer libro editado por el Instituto de las Españas en 1926. Trabajo de positivo valor como contribución al conocimiento del gran poeta mejicano, cumbre del modernismo en aquel país.

La novela indianista en Hispanoamérica.—La búsqueda y exploración de las obras literarias en que los “indios y sus tradiciones estuvieran presentados con simpatía”, demandó a la Dra. Meléndez muchos meses de labor continuada puesta al servicio de un amor entrañable por la literatura de América en su florecimiento romántico.

Abarca en “La novela indianista en Hispanoamérica” casi todo el siglo pasado, desde 1832 hasta 1889, sin que sea esta última una fecha definitiva. Es el periodo de efervescencia romántica propiciada por el triunfo de las gestas libertadoras y alimentada por las ideas nacionalistas, imperantes en Europa, que se intensificaron al llegar al Nuevo Mundo “donde pueblos recién emancipados buscaban expresarse por las vías de la nueva escuela”.

Excede el límite fijado al referirse a Fray Bartolomé de las Casas, Ercilla, Garcilaso de la Vega, el Inca, o al chileno Pineda y Bascuñán, autores de los siglos XVI y XVII, pero era imprescindible la alusión a ellos para elaborar un capítulo de orígenes de la novela indianista, ya que todos los factores que habían de constituir posteriormente se [...] encontraban inmersos en la literatura de la conquista y en la colonial.

De las influencias extranjeras, destaca el aporte de Rousseau, no solo en el sentido de consignar la superioridad del salvaje sobre el civilizado, sino —y esto es lo más valioso— “su modo de sentir la na-

turalaleza”, influencia que llega a América por la vía indirecta de Chateaubriand y Sainte-Pierre.

Luego menciona a Marmontel, cuya obra “Los Incas” fue el puente por donde retornó a América la influencia del Padre Las Casas y del autor de *Los Comentarios reales*. Menciona también que el idilio de Molina con una virgen del sol fue tratado con ligeras variantes en trabajos líricos, dramáticos, etc. por Manuel Belgrano, Losada, Plácido, Manuel Acosta y Juan León Mera.

“Pablo y Virginia” de Bernardino de Sainte-Pierre, dice Concha Meléndez, enseñó a los hispanoamericanos “la apreciación de lo pintoresco auditivo y visual en la naturaleza del trópico; el sentido del matiz, las gradaciones de luz”. Chateaubriand fué el modelo que más se trató de imitar en las novelas poemáticas y la huella de Humboldt se percibe en toda la literatura descriptiva.

Prosigue luego señalando el matiz capital de la época revolucionaria: la reivindicación y ensalzamiento del indio; más adelante la presencia del argentino Esteban Echeverría con sus manifiestos románticos y Rodríguez Galván que en su obra: “Profecía de Guatimoc” apunta una nueva forma de ir al indio, idealizándolo, no para subrayar la crueldad de la conquista, sino para contrastar la América por ellos dominada noble y valientemente con el caos social y político de la América emancipada”.

Establece las características salientes de la novela romántica antes de 1846: el tema histórico, siempre en base a las fuentes coloniales; el antiespañolismo y evocación de los personajes indígenas como ejemplo cívico; la idealización nostálgica de los indios y el amor exaltado.

Las novelas de Gertrudis Gómez de Avellaneda “Guatimozín” y “El cacique Turmeque” son objeto de un detenido análisis en cuanto a fuentes de información, estilo, argumento, descripción de costumbres y mitos. Con ella “se atenúa el antiespañolismo que volverá a recrudecer en la novela azteca de Eligio Ancona”.

En el capítulo dedicado a la Argentina, alude exclusivamente al episodio de Lucía Miranda, su persistencia en la literatura del Plata y la falta de historicidad del mismo, demostrada por Martiniano Leguizamón.

Cita la referencia que da Ruiz Díaz de Guzmán en el libro primero de la Argentina; luego el Siripo de Labardén, antecedentes de las no-

velas que se originan sobre esa leyenda y que escriben: Miguel Ortega, Rosa Guerra, Eduardo Mansilla, y en nuestros días Alejandro Cánepa y Martínez Zuviría.

Pasando a México señala el aporte de ese país: tres novelas basadas en la conquista del Yucatán, cuatro en la de México, una en la formación del dominio azteca y otra en la evangelización de los indios. Entre las primeras *Los mártires de Anahuac* de Eligio Ancona, la novela más indianista del grupo romántico mexicano. *Amor y suplicio* de Ireneo Paz, inferior a la de Ancona por el excesivo sentimentalismo romántico; *Azcaxochitl* o *La Flecha de oro* por J. R. Hernández se destaca por su sobriedad y por la pintura de su heroína, que es original y sin resabios de Atala o las mujeres de la Araucana, como venían haciendo hasta entonces.

Entre las novelas de tema yucateco *La cruz y la espada* de Eligio Ancona donde se encuentran equilibrados lo indígena y lo español con reminiscencias de Scott, Chateaubriand y Fenimore Cooper.

La hija de Tutul-Xiu de Eulogio Palma es una novela de reconstrucción arqueológica, trabajo difícil que se acentúa aquí por la carencia de documentos sobre la civilización maya.

La novela *Enriquillo* de Manuel Jesús Galván publicada en 1892 en Santo Domingo, tiene un extraordinario significado histórico. Se refiere a la oposición del cacique Enriquillo a la dominación española realizada entre otros por Diego Colón y Bartolomé de las Casas el apóstol de Indias. Fuentes, influencias literarias, actitud ante España, Enriquillo símbolo nacional, Enriquillo en la literatura, su autor, el testimonio del entusiasmo que en los dominicanos suscitó la publicación de esa obra, son todos títulos que encabezan el mesurado y prolijo estudio que Concha Meléndez dedica a este libro de innegable valor, que según Martí reúne: novela, poema e historia.

Se refiere después a las novelas poemáticas en las Antillas, en Venezuela con *Anaida* e *Iguaraya* de Yepes; en México con *Netzula* de José María Lafragua, *Historia de Welinna* del erudito sacerdote Crescencio Carrillo y Ancona, *Nezahualpilli* o *el catolicismo en México* de Juan Luis Tercero, todas obras en que el factor histórico pasa a segundo plano mientras adquieren notable jerarquía el amor y las descripciones de la naturaleza siempre en tensión romántica.

En *Cumandá* de Juan León Mera, no interesa su trama pueril e insustancial sino el encanto del paisaje ecuatoriano, la calidad poemática de la prosa y los cuadros de la naturaleza, ricos en sensaciones de color y sonido”.

La tradición indianista en Chile tan pródiga en la época colonial se atenúa notablemente en el periodo romántico. —Menciona la Dra. Meléndez entre otros trabajos menores la novela *Huincahual* de Alberto del Solar, considerándola la “última novela indianista de algún interés en la época romántica”. Después de ella “la visión realista de los indios y los problemas sociales que implican ocuparán el primer término en las novelas de asunto indígena”.

Y finalmente, antes de hacer un resumen de todo el trabajo, enriquecido con opiniones de otros autores, se refiere al Perú, destacando la particularidad de que en ese país no existió la novela indianista romántica. Los escasos autores que introdujeron al indio en sus obras “lo presentaron siempre como espectáculo sin rozar siquiera sus problemas sociales”. Y llega a la novela indianista de reivindicación social con la obra de Clorinda Matto de Turner: *Aves sin nido* que pone el acento sobre el problema indígena en el Perú y por eso marca la transición hacia la mayor parte de la novelística posterior a 1890 que ha tenido por asunto los indios.

Entrada al Perú

La visión de la tierra incaica, tantas veces presentida en su refugio borinquense, cristalizó en una obra *Entrada al Perú*, fiel reflejo de un afecto inexpresado, que pugnaba por manifestarse.

Ya lo dice Concha Meléndez en la aclaración preliminar: “Mi entrada en el Perú fué rápida, pero intensa. Tuvo el alucinante ritmo del amor frenado por el conocimiento previo que dan asiduas lecturas fervorosas. Mi visión real del Perú se meció, pues, entre la deformación idealizante del mirar enamorado y las inevitables imágenes anteriores creadas por aquellas lecturas. Y el milagroso resultado de tal vaivén fue lírico: mi Perú está inmerso en lírica iluminación”.

Placer del arte, placer del espíritu fue la aventura peruana de la escritora. Vibró su alma ante el espectáculo de la naturaleza, le atraían

por igual la costa, la sierra, las montañas, los valles incrustados en sus laderas, la selva misteriosa, la soledad desértica y las comarcas indígenas con sus hábitos de superstición y milagrería.

Y se revela su sensibilidad delicada, su íntima comprensión del paisaje y del ambiente en los esbozos y a veces cuadros completos de costumbres que aparecen intercalados en su itinerario a través del Perú artístico, intelectual y científico.

Con su estilo llano y elegante, su tono mesurado nutrido de razonamiento, nos conduce por las ciudades, los pueblos y las aldeas desperdigadas en la sierra y el llano, matizado el relato con fragmentos poéticos de un hondo sabor a terrazgo, nos permite admirar la poderosa belleza nativa de fisonomía cambiante y peculiar que ha engendrado una literatura notablemente diferenciada, y conocer las modernas expresiones del arte pictórico, que revelan, especialmente en Sabogal y Julia Codesido un amplio conocimiento de la vida y el alma del pueblo.

Detalla Concha Meléndez, los preparativos del viaje y la casi frustración del mismo por carecer del certificado de buena conducta, requisito imprevisto por la viajera poco amante de la escrupulosa meticulosidad de los trámites aduaneros y policiales.

Panamá, Buenaventura, Guayaquil, desfilan en sus páginas con pinceladas de color; el paso de la línea con la tradicional ceremonia de Neptuno más sencilla y rápida que en el Atlántico; el puerto Salaverry visitando la ciudad de Trujillo y Chanchan, que solo conserva de su original grandeza unas ruinas maltratadas por los elementos.

Al principio decidió unirse a la caravana de excursionistas que llegaron en el barco, pero sufrió tal confusión de imágenes, que de haber regresado enseguida su impresión del Perú hubiera sido muy vaga. Con todo señala en un pasaje: “La excursión a Río Blanco fué el impacto más intenso en mi sensibilidad; la tierra peruana me hizo signos de vastedad y altura y una promesa de mayores confianzas que entonces no adiviné. Las montañas pardas, atropelladas, vertían su dureza en mi asombro. Era mi primer acercamiento a los Andes, vertical ímpetu de América hispana que ahora me sacudía con emoción diferente a la que sentí en el horizontal movimiento de la pampa argentina. Entonces la sensación fue de reposo, de goce espacial, como

si alas encogidas se desentumieran por primera vez en el ejercicio del vuelo. Mientras que ahora me inquietaba un desasosiego egonista, un delirio de altitud que mis ojos disparaban a los picos sobresalientes”.

Al partir los excursionistas, quedó sola en Lima sin programa definido sin saber dónde orientarse. Eduardo Núñez y Cota Carballo, amigos epistolares, fueron los encargados de introducirla en el mundo artístico limeño.

“Aquella mañana, dice Concha Meléndez, salimos a la llanura de Amancaes con sus montañas peladas, cobrizas al fondo, para ver la fiesta popular, definida por Rodriguet como la diversión de la gente de color, que da comienzo con el florecer de los amancaes”.

Luego de un almuerzo típicamente peruano con chupesopa de camarones ceviche y anticuchos, regresaron a la ciudad por el lado del puente, construido en tiempos del virrey Montesclaros, donde los pañeros perezosamente apostados, ofrecían sus mercancías multicolores.

Menciona luego el Palacio de los Marqueses de Tagle y la Perricholi, según ella, los dos monumentos que dio a Lima el siglo XVIII: “Una el atrevimiento del mestizaje que se encara por primera vez desafiante con la aristocracia pulida y enjoyada. El otro, la sonrisa de arquitectura, trasplante de ensueño moro y español, con actitudes nuevas de refinamiento sensual”.

La visita a la Peña literaria Pancho Fierro —nombre de un acuarelista limeño del siglo pasado— le permitió echar una rápida ojeada sobre la intelectualidad peruana allí reunida. Desfilan Alicia y Celia Bustamante, las directoras “inteligentes y limeñísimas en la gracia y el tipo”; Enrique Peña Barrenechea, el poeta de las metáforas transparentes, según lo define Luis Alberto Sánchez; Emilio von Westphalen, autor de *Ínsulas extrañas* y *Abolición de muerte*; José Hernández, Rafael de la Fuente Benavides, “prosista de matices jarnesianos”; Xavier Abril, lírico de modernidad acusadísima, a quien dedica Concha Meléndez en otra parte un minucioso estudio de su obra, y Alberto Taro, que en un ensayo sobre la poesía indigenista “revela condiciones excepcionales para la crítica en esta América donde tanto se improvisa todavía en el quehacer de juzgar”.

Presenta también al pintor César Moro, a Carmen Saco, la escultora “de tallas directas en madera”, Aurora Cáceres, hija del General de

ese nombre en un tiempo Presidente del Perú, que publicara “Oasis de arte” y “La ciudad del sol”, interpretación artística del Cuzco.

Construido sobre las bases del edificio colonial, prosigue, se encuentra en Magdalena la Vieja, el museo de los Libertadores, celoso guardián de los recuerdos históricos, relacionados con las luchas por la independencia. “En la sala de San Martín, lo más revelador es el escritorio del capitán de los Andes, un mueble sencillísimo sin tallas ornamentales, rotundo y severo, como las acciones más altas de su dueño”.

No pudo visitar los conventos de San Francisco y San Agustín por la prohibición que existe de permitir la entrada a mujeres. Tuvo que alejarse del lugar sin haber cumplido ese anhelo; visitó la Catedral admirando las artísticas decoraciones de los altares, la sillería del coro fina y rítmica, la tumba de Pizarro, homenaje permanente del pueblo a su conquistador.

En la Biblioteca de la Universidad de San Marcos –que recuerda con cierto desdén por el ambiente rígido y ceremonial de la dirección– pudo reunir material para un estudio sobre la poesía de César Vallejo, “escritor serrano, que fue el primero en comprender la revelación desolada, reminiscente, vasta de la tierra”.

En la Escuela de Bellas Artes, situada en el antiguo convento de San Ildefonso, tuvo la oportunidad de conocer algunas expresiones de la plástica peruana. De su director José Sabogal, dice la Dra. Meléndez: “La pintura de Sabogal es la revelación de un Perú recóndito hasta ayer: la sierra del centro y del sur, la montaña, la costa, han penetrado en Lima con el arte de este pintor, viajero enamorado de todas las zonas de su tierra. Descendiendo a lo más humilde e inerte o ascendiendo a lo misterioso y cósmico, puebla su mundo pictórico de una simbología donde la tierra, el indio y el mito tienen su artística cifra rezumante de intenciones.

La contribución femenina se halla bien representada con Julia Codesido, pintora de firme personalidad, que se encontró a sí misma, cuando siguiendo el ejemplo de Sabogal se hundió en las fuerzas dominadoras del Cuzco y sus ojos recogieron la tristeza obstinada del indio, su dramática persistencia”. “Y eso es lo que mejor pinta, el vigoroso dramatismo serrano con sus colores violentos y sus figuras emanantes de las tierras inmersas en su influjo”.

Y Alfonso Sánchez Urteaga, pintor de tipos y ambientes cuzqueños con un hondo sentido del paisaje rural, cuya acuarela “La Hecatombe” refleja el suceso más trascendente de Cajamarca, su tierra natal: La captura de Atahualpa por los españoles, arrebatándolo de su misma litera empenachada”.

Intencionado y lleno de gracia es el pasaje “Los Balcones” que según ella “han quedado en Lima en presencia y en espíritu”. Dice: “Para los que solo conocen a Lima desde lejos, a través de Ricardo Palma, la ciudad tiene un jeroglífico preciso: un balcón de caladas celosías moriscas, una escala suspendida en las sombras de la noche encubridora, un caballero agonizante en la calle al pie de la escala, caído al descender nerviosamente del balcón. Este Calixto de la tradición limeña fue nada menos que un Virrey, el conde de Nieva. Auténtico o no, el episodio resume la atmósfera galante de intriga y aventura en la colonial ciudad de los reyes. Define la función más exaltada de los balcones limeños como miradores y entradas del amor”.

“Y allí están todavía muchos de los balcones más bellos para consuelo de los que buscamos el otro ornamento animador de la ciudad –la tapada– sin encontrar una sola siquiera en los alrededores del puente”.

Otra excursión fue a la Merced, pueblo en el límite oriental del Valle de Chanchamayo, en la zona tropical del Perené. Atravesó Casapalca, Ticlio, Morococha. “Este altiplano, antesala de la Puna Brava, es la visión más bella que guardo del viaje. El aire tenía la transparencia reverberante de las alturas. Los Andes acompañaban nuestra carrera encendidos en color, como nunca lo había imaginado, gris, rosa, siciliana, azul, verde, ocre, leonado, contrastaban aquí y allá con la blancura azulada de una cumbre. Una ligera escarcha salpicaba las ondulaciones de la puna bajando hasta el camino. Sentí la embriaguez de altitud, mientras un frío seco, punzante refrescaba mi rostro. De pronto en una lomada, pasó una figura de mujer caminando con el paso breve, rápido de las indias serranas. Su falda amplísima, plegada era del mismo rosa siciliana de las cumbres. Ancho sombrero de paja completaba el atavío. Vista desde el auto, la mujer era una figura sabogalina, en un fondo de belleza sobrerrealista”.

Se imponía el viaje a la antigua capital de los incas; hubiera parecido insólito llegarse al Perú, permanecer casi dos meses y retornar

sin dedicarle unas horas al Cuzco y sus alrededores. Por eso Concha Meléndez sintió obligación de hacerlo. Refiere el viaje en avión desde Lima y luego la excursión a Chincheros. “No había visto aún de cerca al Cuzco, dice, iba a comenzar por la levadura india sazonzadora imborrable del espíritu cuzqueño”.

Las aldeas, los campos tranquilos y solitarios la impresionaron fuertemente; el grito quechua de una mujer la conmovió con “afilada sensación”. Era la voz del agro labrado en común por aquellas gentes sencillas de vidas incambiadas, vasallos del inca, aún en misterioso asimiento espiritual”.

En la ciudad recorrió la Plaza de Armas hasta la Catedral, erigida sobre el antiguo emplazamiento del templo Viracocha. “Visibles las más veces, invisibles otras esta superposición de lo español sobre lo indígena es la característica más original del Cuzco”.

Se complace en el detalle menudo, en la cuidadosa enumeración de las características principales del edificio, la ornamentación y los cuadros que adornan las naves y capillas. Lo mismo cuando visita el convento de la Compañía y la Universidad instituida por Inocencio XII en Marzo de 1692.

Menciona dos calles prehispánicas: Hatum Rumiyoq y el Callejón del Loreto, como auténtica representación de la pétreo grandeza del Cuzco de los Incas”. “Y no es que estas dos calles, explica, estén exentas de la superposición colonial que es regla en el Cuzco, sino que aquí la estructura india es tan ciclópea, tan absorbente y misteriosa que el edificio español aparece encogido, casi anulado”.

Admira al norte de la Plaza Principal las ruinas de Sacsahuamán, fiel exponente del poder de los incas, con su fortaleza de enormes piedras, con sus monolitos, los asientos labrados de El Rodadero, y los vestigios de puertas, encrucijadas y subterráneos que forman un verdadero laberinto”.

Almorzó a orillas del Vilcanota en Pisac, aldea indígena similar a las otras ya conocidas, con el observatorio astronómico Intihuatana en el centro de las ruinas, “piedra cilíndrica que sirvió a los adoradores del sol para observar las presencias y ausencias de la máxima divinidad”.

Pero fracasó en su intento de llegar a Machupichu “la misteriosa ciudad gris parapetada en los Andes”, por las dificultades del viaje,

contentándose solo con las fotografías compradas en el Instituto Arqueológico y las descripciones hechas por Hiram Bingham y Blair Niles.

Arribamos, junto con la escritora, al final del viaje, satisfechos de haber recorrido las tierras peruanas, y trabado amistad con sus ruinas, sus recuerdos históricos, sus ornamentos e Iglesias y sus cordialísimos moradores.

Signos de Iberoamérica

Incluye *Signos de Iberoamérica* una serie de artículos, la mayor parte conferencias, que pese a la diversidad de sus temas, guardan entre sí una trabazón armónica, una íntima vinculación, por la idea central que rige a todos ellos: la literatura de América.

A José de Diego, el poeta que le ofreciera “su primer deslumbramiento de visiones artísticas”, le dedica un estudio completo de su vida y obra, siguiéndole en el peregrinaje por tierras europeas y americanas. Primero son ligeras referencias a las circunstancias que inciden en la formación del vate puertorriqueño: “Aguadilla”, su ciudad natal con los rincones idealizados en sus poemas; Carmita Echevarría, la novia infiel, luego los escritos políticos, que originan una gira carcelaria por Barcelona, Valencia y Madrid, sus estudios de derecho y su devoción por Martí.

Más adelante va apuntando las cualidades sobresalientes de las poesías insertas en sus libros *Jovillos*, *Pomarrosas*, *Cantos de Rebel-día*, y los inéditos *Cantos de Pitirre* que resumen toda la obra y las inquietudes del poeta desaparecido.

Alfonso Reyes, Flechador de Ondas, es el trabajo siguiente. Se refiere allí al culto poeta mexicano, ensayista, traductor y crítico agudo de quien ha dicho un escritor “que va prendiendo su canto –ecos de oculto torrente, iluminaciones cordiales, tornasoles de inteligencia– con los alfileres de palabras finas y exactas”.

“Pienso en el artista, dice la Dra. Meléndez, como un flechador de ondas de belleza. Su pequeño lanzador de flechas –talla exquisita en cedro– dispara unos dardos sutiles, hechos del espíritu de la obsidiana que punzan levemente la onda apetecida y la detienen. La página

escrita es entonces prisión y vitrina. El mismo sugiere la imagen al titular uno de sus libros “tren de ondas” y este sagitario como el rubeniano no se cansa de flechar.

La influencia helénica que gravita en los primeros años del escritor, aislándolo de la época presente la analiza en el pasaje titulado “ondas clásicas”. En “Ondas de España” que comprende los dos caminos, el de la erudición y el de la creación libre, menciona los importantes estudios que publicó en la *Revista de Filología*, la prosificación del *Poema del Mío Cid*, el prólogo al *Libro de Buen Amor*, y las selecciones de Gracián, Lope y Quevedo; luego los artículos de costumbres españolas y semblanzas de escritores que figuras en “Cartones de Madrid” y “Horas de Burgo” donde están las notas españolas de más puro ritmo y las expresiones más bellas de su prosa atildada con el desflorar melodioso de las oraciones ágiles en que un aire de juego “va dejando en ellas finas volutas metafóricas e imágenes tan limpias y precisas como pequeños caracoles de mar”.

Las “Ondas de América” comprenden, según Concha Meléndez, lo más movido y trascendental de la obra de Reyes. Toda la mágica belleza de su prosa y el poderoso despliegue de su talento se combinan en misión orientadora en los trabajos de tema americano o escritos con referencia a sus destinos.

El sentimiento de la naturaleza y la religiosidad de Manuel José Othón, autor de “poemas rústicos”, “Himnos del bosque” etc. permiten a Concha Meléndez ir destacando en cada uno de los pasajes que cita, los rasgos más significativos de la producción literaria de este autor que ha renovado en México, al decir de Alfonso Reyes, las formas poéticas del siglo de oro.

En otro trabajo dedicado a los villancicos negros de Sor Juana Inés de la Cruz establece que son “primordialmente religiosos y de queja social, distintos por completo de las modernas expresiones de la poesía negra”.

La novela del paisaje ha llegado a su total madurez con *Don Segundo Sombra*, *La Vorágine* y *Doña Bárbara*, dice la Dra. Meléndez en el artículo: “Tres novelas de la naturaleza americana”. “La selva, la llanura, y los ríos quedan definitivamente presos en páginas de maravilla” y a pesar de haber surgido en distintos países, Argentina,

Colombia y Venezuela, hay en ellos elementos comunes: “Fatalismo, estampas del llano, motivos folklóricos, arcaísmos lingüísticos, religiosidad candorosa y ese acento racial hecho de orgullo y sentimiento de la dignidad humana”.

Dedica también importantes estudios a Darío, Varona, Marinello y Mañach.

Con un profundo conocimiento del tema, y prescindiendo del detalle engorroso o erudito, va en cada uno de los artículos a la esencia misma de las obras, adentrándose en las intimidades, para desbrozar los múltiples valores que se esconden en sus páginas y sorprender a los autores en los momentos culminantes de su inspiración.

Viernes

En la revista *Viernes*, publicación de los jóvenes poetas venezolanos que cesó en sus entregas hace dos años, aparece la firma de Concha Meléndez en dos artículos: “Antonio S. Pedreira, vida y expresión” y “El mito de los ríos en dos novelas americanas”.

Pedreira fue un gran amigo suyo y compañero de estudios en la Columbia University; por eso tiene el trabajo mucho de emoción personal de recuerdo afectuoso para la época de su conocimiento.

Durante su permanencia en los Estados Unidos, Pedreira preparó una *Bibliografía Puertorriqueña*, trabajo penoso de investigador que no aspira a satisfacer su vanidad ni a cosechar el aplauso fácil. “La afirmación de Pedreira, dice su biógrafa, como valor admirado o discutido, pero valor señero, aún en la conciencia de quienes lo impugnarón, es el logro más alto de su equilibrio moral”.

Publicó *Aristas*, libro de ensayos juveniles, *Hostos, ciudadano de América*, que inició en la isla y en el mundo la revaloración del gran patriota puertorriqueño, e *Insularismo*, donde plantea importantes problemas relacionados con la vida de su país e Hispanoamérica en general.

Canaima de Rómulo Gallegos y *La serpiente de oro* de Ciro Alegría son las dos novelas que elige Concha Meléndez para hacer referencia al mito de los ríos. Empieza con una alusión a los orígenes del mito en los libros sagrados de la India, Egipto, Grecia, España y América con

la oda al Paraná de Lavardén. Luego entra directamente en el análisis de *Canaima*, cuyo mundo novelesco tiene “un pórtico de grandeza cósmica: las bocas del Orinoco”. Y presenta al río en personificaciones sucesivas, desde el nacimiento hasta la desembocadura. Se detiene después en el Caroni, el Yurnari, el Cuyuni, el Guranpin, el Caura, el Erevato, el Ventuari, fondo este último de la dación en que Marcos Vargas, corredor de riesgos y venturas, se entrega vencido a la naturaleza indomada.

La obra entera, prosigue Concha Meléndez, es “una letanía de los ríos guayneses, interrumpida por cuadros de violencia, de amor, de superstición y de tragedia”.

El libro de Ciro Alegría, premiado por la Editorial Nascimento en 1935, recoge el mito del Marañón, de ese río voraz y despiadado que reclama sus víctimas para alimentarse y se venga del hombre audaz que intenta profanarlo buscando el oro escondido en su lecho.

[Nota: Este documento forma parte del Archivo Concha Meléndez que custodia el Seminario Federico de Onís. Lo divulgamos con el propósito de exponer la imagen de la biografiada, mujer importante en las letras puertorriqueñas e hispanoamericanas. M.A.N.]